

El encuentro con el Otro: Por la fragilidad a la fortaleza

Agustina Borella

Introducción

El objetivo de este trabajo consiste en penetrar en la condición vulnerable del hombre. Para ello analizaré cuidadosamente el significado de este término teniendo en cuenta que esta “característica” de la persona se hace manifiesta cuando entra en relación con el Otro. Es a partir de este encuentro con el Otro que se hace patente la vulnerabilidad, profundidad y riqueza de cada uno.

La experiencia que tenemos, en la actualidad, de la posibilidad de ser heridos se encuentra atravesada por una fuerte impresión de violencia ejercida por las “circunstancias” que hacen a la calidad de vida.

Las dificultades que existen para cubrir las necesidades que posibilitan vivir dignamente desgastan a diario el corazón del hombre. La situación de “tener que insertarse” en un mundo que se presenta adverso, ha provocado una doble actitud.

En general se ha producido, por una parte, una total desconfianza e indiferencia frente a las cosas. Parece, así, que se ha anulado la capacidad de ser vulnerables. Nadie se moviliza por nada. No se produce el encuentro. Por otro lado, la cantidad de inconvenientes que se presentan en la realización de los fines que el hombre se propone, penetran en su vida de tal manera que su condición vulnerable se hace aún más manifiesta.

Sin embargo, siendo la situación social que vivimos difícil, las capacidades del hombre han de desarrollarse a fin de que pueda alcanzar la felicidad. Favoreciendo el sincero encuentro con el Otro estaremos abriendo la posibilidad de enriquecer nuestro corazón a fin de que podamos ser felices.

Esta misma realidad puede conducirnos tanto a situaciones de encuentro como a aquellas de falta de encuentro.

Descubrir, que es el Otro, quien nos invita a ver la realidad en toda su profundidad, nos lleva mirar nuestro modo de acercarnos a ella y comprometernos a colaborar con la felicidad de quienes nos rodean.

Así es que trataré la cuestión de la relación con el Otro a fin de poder ahondar en la sensibilidad del hombre. Penetraré especialmente en el pensamiento de Emmanuel Levinas, filósofo existencialista, que trató con sumo cuidado esta cuestión y realizó respecto de ella un gran aporte.

En tanto se considera la vulnerabilidad como una condición fundamental del hombre se intentará realizar una “correcta valoración” de la misma, analizando la relación de esta característica con la fortaleza y la alegría.

Es necesario que confiemos en todas las potencias del hombre para que podamos ser felices y llevemos la alegría de “ser como somos” a las demás personas.

1.La vulnerabilidad en la vida cotidiana

Si bien es cierto que el término vulnerabilidad como, tal, lleva en sí cierto aire postmoderno y parece incluso una palabra de moda; cabe señalar que se trata de una condición fundamental del hombre que trae consigo desde siempre.

La primera impresión acerca de aquello en que consistía la vulnerabilidad era la que recibía de mi experiencia personal. Esto es, experimentar en mi vida cotidiana esa “sensación” de ser herido, lastimado. Casual o causalmente, esto sucedía en mi encuentro con el Otro. Esta fuerte “sensación” producía en mí cierta conmoción; rompía con el orden que “las cosas” debían seguir; desajustaban mi vida que muy prolijamente trataba de armar y cuanto más intentaba acomodar, más fuerte era esta invasión de sensaciones.

En sí mismo no era algo negativo, sino mas bien una conjunción de vivencias que me demostraban que no se puede controlar y conducir según nuestro parecer todas las cosas. A partir de estos encuentros frontales con la realidad me interesé especialmente en penetrar en las razones por las cuales se producía este quiebre interior.

Y así como esto “se aparecía” en las pequeñeces de todos los días, noté también que se trataba de un “fenómeno” que acontecía en mayor o menor grado en la vida de todas las personas.

Recibir una herida, sentirse lastimado, dolido de diversas maneras es algo que no sólo lo experimentamos a nivel espiritual sino que muchas veces el dolor que llevamos en el alma nos atraviesa hasta el cuerpo y nos sentimos desposeídos, solos y hundidos en una profunda tristeza.

Con la intención de dar alguna “respuesta” a este sufrimiento que se desprende de la condición vulnerable del hombre es que quiero entrar en esta cuestión a fin de poder contemplar el misterio del hombre y llevar alivio a los corazones que tanto buscan la paz y la felicidad.

1. Encuadre del tema:

La consideración de la vulnerabilidad nos remite inmediatamente al hombre. Esto es, a su afectividad y sus potencias intelectuales. En cuanto a la posibilidad de ser herido puede decirse que también corresponde esta “característica” a los animales. Pero cabe señalar que se trata aquí de la posibilidad que poseen los hombres de ser lastimados física y espiritualmente, por lo cual se limita el tratamiento del tema a la persona humana.

La dimensión espiritual del hombre se define por el alma que éste posee. No se trata solamente del primer principio de vida de los seres vivos. Si bien es “acto primero de un cuerpo natural organizado que tiene la vida en potencia”, es importante mostrar que la espiritualidad del alma humana es una nota fundamental.

Es esta espiritualidad la que permite la apertura que lleva al encuentro con el Otro. Se trata de un alma inmaterial, no determinada, abierta a la posibilidad de acercarse al Otro. Y esta espiritualidad que implica capacidad de trascendencia marca una radical diferencia entre el hombre y el animal.

Es el hombre, cuerpo y alma espiritual, quien puede ser herido en el encuentro con el Otro y es también quien puede ser fuerte. Abordaré, entonces, la cuestión de la vulnerabilidad en referencia a la persona humana.

Al trabajar esta cuestión tendré en cuenta también nociones relativas a la misma, a saber: afectividad, sensibilidad, pasiones, inteligencia y voluntad.

Con el propósito de profundizar intensa y delicadamente en esta inquietud, penetraré en el pensamiento de Emmanuel Levinas a fin de echar un poco de luz en la capacidad de ser vulnerable que posee el hombre, que atravesando el dolor, no puede ver la riqueza y el valor de poder ser herido.

En el marco de una filosofía del hombre que considere a la persona como una unidad de cuerpo y alma, que a través de sus múltiples relaciones intenta alcanzar la felicidad, comienzo el camino de análisis de este tema.

II. LA VULNERABILIDAD EN EL PENSAMIENTO DE EMMANUEL LEVINAS

A) EL OTRO

1. Hacia una noción de vulnerabilidad

Habitualmente se entiende el término vulnerabilidad como esa posibilidad de ser herido que se desprende de la apertura del hombre. En tanto que el hombre se encuentra abierto al mundo que lo rodea, surge la posibilidad de ser lastimado. Esto significa que, en tanto el hombre es un ser trascendente, que sale de sí mismo al encuentro con el Otro, se halla expuesto a “ser tocado” y en esa posibilidad de llegar al corazón del Otro se manifiesta la condición vulnerable del ser humano.

Es la apertura aquello que permite que el hombre salga de sí, se mueva hacia Otro. Se produce el encuentro. Se trata de una apertura afectiva y cognoscitiva. El hombre se abre al encuentro en cuerpo y alma. No se presenta el hombre frente al Otro escindido. Si así lo hiciera, no se produciría el encuentro, puesto que no habría real entrega.

La impresión que primariamente poseemos de lo que la vulnerabilidad implica se encuentra en íntima relación con el significado etimológico de la palabra. En sí misma esta expresión indica herir, llagar, ofender, lastimar.¹

Esta condición del hombre por la cual somos lastimados pareciera mostrar una debilidad o flaqueza del ser humano. Cabe aquí preguntarse si se trata de una condición “mala” o “negativa” de la persona o mas bien de una característica que define al hombre como tal.

¹ Cfr. D. Raimundo de Miguel, Nuevo diccionario latino-español etimológico. Saenz de Jubera Hnos. Editores, Madrid, 1903, p. 995.

La pregunta es ¿poder ser herido es bueno? o ¿sería mejor no ser lastimados?

Al analizar la vulnerabilidad del hombre que se manifiesta en el encuentro con el Otro intentaré responder a estas cuestiones.

Podría aquí plantearse la posibilidad de no ser herido si no hubiera encuentro con el Otro. Pero dado que el hombre es un ser social por naturaleza, en mayor o menor profundidad siempre se produce el contacto con el Otro.

Si bien el hombre en cuanto Misterio no se muestra totalmente, sino que muchas veces se oculta, al entrar en relación con el Otro se manifiesta lo que lleva en sí y se “expone” a lo que lo rodea abriendo la posibilidad de ser lastimado. Al mostrarse la persona como es, invita al Otro a entrar en su existencia, en su corazón, permitiéndole formar parte de su vida. En este encuentro se produce así un trastocamiento del orden con el que la persona inicialmente parecía conducirse por el mundo. Este “desajuste” del orden establecido y la conmoción interior que se padece son signos explícitos de esta posibilidad de ser heridos.

2. El filósofo del Otro y su vida

Emmanuel Levinas nació en Kovno (Lituania) el 12 de enero de 1906, en el seno de una familia de comerciantes judíos. Su padre tenía una librería y desde muy joven estuvo en contacto con los clásicos, en especial con la literatura rusa. Su primerísima preocupación se orientaba al problema del hombre. Además de los clásicos se formó en las tradiciones judías y en el estudio de la Biblia. Durante la primera guerra mundial, su familia se instala en Ucrania, donde permanece hasta la Revolución de octubre (1917); luego regresan a Lituania.

En el año 1923 se traslada a Estrasburgo, donde comienza sus estudios de filosofía. Durante 1928/1929 permanece en Friburgo. En 1930, publica su tesis doctoral, sobre la “Théorie de l’intuition dans la phénoménologie de Husserl”. En ese año obtiene la nacionalidad francesa. Contrae matrimonio, realiza su servicio militar y comienza una dedicación más estable a instituciones judías. En 1931, publica con G. Peiffer, la traducción de las Meditaciones Metafísicas Cartesianas de Husserl. En 1935 publica “De l’évasion” donde deja ver cierta desconfianza con respecto al ser. Es el primer quiebre importante con la tradición de Friburgo.

En 1939 Levinas es movilizado y cae prisionero de los alemanes. Permanece en un campo de concentración. Su condición de militar le protege del trato que recibieron otros judíos. Allí lee a Hegel, Proust, Diderot y Rousseau. Escribe “De l’existence a l’existant”.

Tras su liberación, retoma la dirección de la Alianza Israelita Universal. En 1947 publica “Le temps et l’autre” y dos años después “En découvrant l’existence avec Husserl et Heidegger”. En 1951 publica “L’ontologie est-elle fondamentale?”. Allí expresa la primacía de la ética sobre la ontología. Abre el período de reflexión sobre los problemas del otro, de la exterioridad y la trascendencia. En 1961 publica “Totalidad e infinito” y es nombrado profesor en la Universidad de Poitiers. En 1963 publica su primera gran obra sobre el judaísmo: “Difficile liberté”. Después de su estancia en Poitiers, Lévinas se instala en París en 1967, al ser nombrado profesor de la Universidad de Paris-Nanterre. En este período aparecen nuevos títulos: “Humanismo del otro hombre” (1972), “De otro modo que ser, o más allá de la esencia” (1974), “Nombres propios” (1976), “De Dios que viene a la idea” (1982), “Ética e infinito” (1982) y “Hors sujet” (1987). Muere en 1995.

Acercarnos a la vida de Emmanuel Levinas nos permite mirar hacia su pensamiento más profundamente y abordar los distintos temas tratados por él con mayor cuidado y delicadeza.

Detenernos en la vida del autor lleva a comprender cómo en su pensamiento intervienen factores de su experiencia personal.

Su condición de judío por la cual debe atravesar la vivencia de la guerra muestra la vulnerabilidad del autor. Participar de la guerra explicita claramente una posibilidad de ser herido. La vida de la persona se conmueve frente a la crueldad de la guerra. Sin embargo, es esta misma posibilidad de ser lastimados, la que nos permite abrir el corazón al Otro y encontrarnos profundamente con la realidad.

Levinas nos propone conocer en todas sus dimensiones la realidad en el encuentro con el Otro. Es el Otro quien nos muestra las cosas como son, quien nos abre los ojos a una realidad distinta a nosotros mismos, quien nos alimenta y nos obliga a dar una respuesta responsable. Esta relación con el Otro se produce a través de la sensibilidad y se trata de un encuentro directo. El Otro nos moviliza directamente, “tocando” nuestra sensibilidad, señalando que debemos ser responsables. Somos responsables por el Otro.

El Otro no es jamás un *alter ego*; es distinto, nos confronta y se resiste a ser consumido. Es irreductible al yo. Es por eso que en esta relación se ha de preservar y respetar la alteridad.

Así también, en tanto distinto de nosotros mismos, el Otro, se da y se retrae, se muestra y se esconde; es Misterio y como tal es inabarcable.

“El Otro no puede ser contenido por mí, cualquiera que sea la extensión de mis pensamientos, de este modo ilimitados: es impensable, es infinito y reconocido como tal.”²

² Lévinas, E., Totalidad e infinito, Editorial Sígueme, Salamanca, 1995, pp. 243-244.

El primer acercamiento al Otro no se produce voluntariamente. El encuentro se da directamente y a nivel sensible; el Otro “aparece” en la vida del sujeto de manera involuntaria. No se busca el encuentro con el Otro. Es el Otro quien con toda violencia se nos impone y nos deja desarmados. Es en este encuentro donde se manifiesta más profundamente la condición vulnerable del hombre.

Y es este Otro quien nos marca nuestra limitación y nuestra pobreza, quien nos cuestiona acerca de nuestro obrar cotidiano.

La exterioridad trascendente del Otro es el rostro. En él se produce la aparición desnuda del Otro y es en el encuentro cara-a-cara donde se despierta en nosotros la responsabilidad.

En esta relación con el Otro es que Levinas encuadra al amor. Amor que no se debe a nuestra iniciativa, sino que se encuentra sin ser buscado, que nos invade y nos hiere, que es sin razón. Es la experiencia amorosa máxima expresión de ternura, fragilidad y vulnerabilidad. Pero a la vez el encuentro, que es posible por la capacidad de infinito del hombre, por la cual tiende a lo absolutamente Otro, lleva en sí el gozo. Gozo que nace de la condición vulnerable del ser humano.

La vulnerabilidad se despierta por la sorpresa de “ser capturado” por la otra persona. La prolija y ordenada soledad de la vida del yo es invadida por el Otro que aparece inesperadamente y que rompe con lo establecido permitiéndonos acercarnos más profundamente a la realidad, invitándonos a dar una respuesta a la misma y produciendo en ese encuentro un profundo gozo que nace de estar cara-a-cara con el Otro.

Es preciso que intentemos con Levinas escuchar la voz del Otro.

3. La apertura y la posibilidad de ser herido

La condición vulnerable del hombre se relaciona directamente con la apertura del mismo proveniente de que éste es trascendente.

Las implicancias de la trascendencia del hombre se fundan en aquella capacidad o tendencia que éste posee hacia lo Otro. El hombre sale de sí mismo y se encuentra con aquello distinto de él. Puesto que el hombre no se halla determinado, está abierto al mundo y es gracias a esta indeterminación que puede producirse la relación con el Otro. Este encuentro con lo Otro se manifiesta especialmente en la capacidad de servir a Otro, de vivir para él. Este servicio nace del profundo encuentro con aquel que irrumpe en la vida del sujeto a través de su rostro. Es en la aparición del rostro del Otro y junto al deseo del sujeto de tender a él, que se funda esta relación de tipo ético que se expresa o como apropiación de aquello que es o como su respeto.

La capacidad trascendente del hombre es también la capacidad de infinito. Es ella quien permite que surja el encuentro con el Otro. Y es aquí que aparece también la posibilidad de ser herido.

“La apertura es lo descarnado de la piel expuesta a la herida y al ultraje. La apertura es la vulnerabilidad de una piel ofrecida, en el ultraje y en la herida, más allá de todo lo que puede mostrarse, más allá de todo lo que, de la esencia del ser, puede exponerse a la comprensión y a la celebración. En la sensibilidad “se pone al descubierto”; se expone un desnudo más desnudo que el de la piel que, forma y belleza, inspira a las artes plásticas, desnudo de una piel ofrecida al contacto, a la caricia que siempre, y aun en la voluptuosidad equívocamente, es sufrimiento por el sufrimiento del otro. Al descubierto como ciudad declarada abierta ante la llegada del enemigo, la sensibilidad más acá de toda voluntad, de todo acto, de toda declaración, de toda postura _ es la vulnerabilidad misma.”³

La apertura del hombre implica la exposición del mismo a través de la cual puede “aparecer” la herida. Según el texto de Levinas, la apertura es la vulnerabilidad en la que se pone al descubierto el hombre, se lo muestra en su desnudez y la herida en

³ Levinas, E., Humanismo del otro hombre, Editorial siglo XXI, México, 1974, pp. 122-123.

la desnudez del hombre produce en éste una conmoción. La sensibilidad abierta es desgarrada, atravesada y ultrajada.

En el pensamiento del autor la apertura se presenta entonces como condición de la vulnerabilidad. Al exponer el corazón, el sujeto muestra su grandeza y su miseria, y en este abrir el corazón y ponerlo a flor de piel es posible recibir la herida. Herida que nace de la delicadeza de aquello que se expone. Si “el objeto” que se muestra no es valioso, “no importa” recibir una herida. El caso es que, quien padece lleva en sí demasiada riqueza.

La posibilidad de ser herido proviene también de que el hombre es un ente finito. La finitud nos recuerda nuestras limitaciones. Puesto que somos finitos podemos ser heridos. Si obviáramos la finitud del hombre desaparecerían todas las limitaciones, entre ellas, la posibilidad de la penetración de la herida. Por la finitud, no sólo recibimos heridas, sino también las causamos.

Sin embargo, es importante señalar que la condición vulnerable del hombre, en sí misma es una perfección y constituye al hombre como tal. Es una nota fundamental del ser humano. Así como la posibilidad de elegir es una perfección en el hombre, aún cuando a veces elijamos mal, la vulnerabilidad lo es también aún cuando implique una herida.

El corazón abierto es aquel que posiblemente pueda recibir una herida pero es aquel que puede llegar al encuentro con el Otro.

4.El encuentro con el Otro

Según Levinas, la realización del encuentro con el Otro nos muestra que primeramente el hombre es en soledad. Si bien está rodeado de cosas y seres, cada uno

existe solo, y es a partir de esta soledad que el hombre sale de sí al encuentro con el Otro.

Al enfrentarse el sujeto con el Otro, luego de haber irrumpido el Otro en la vida del sujeto se resiste a ser consumido por él.

“La relación con el Otro no se convierte, como el conocimiento, en gozo y posesión, en libertad. El Otro se impone como una exigencia que domina esta libertad, y a partir de aquí, como más original que todo lo que pasa en mí.”⁴

El Otro se presenta como distinto a mí, no es un *alter ego*, sino que es aquello que yo no soy. Como tal, la relación se establece con aquello que se oculta para siempre, que preserva la alteridad. El Otro se retira en su Misterio.

“La relación con Otro no es una relación idílica y armoniosa de comunión ni una empatía mediante la cual podamos ponernos en su lugar: le reconocemos como semejante a nosotros y al mismo tiempo exterior; la relación con Otro es una relación con un Misterio.”⁵

Este encuentro con el Otro que irrumpe casi violentamente en el orden establecido moviliza la realidad, que a partir de entonces comenzará a leerse desde la relación con el Otro.

Es el Otro quien me enfrenta a mí mismo, me cuestiona, me pregunta acerca de mi obrar, y exige de mí una respuesta. Es el sujeto quien responde a las “demandas” del Otro, que nos muestra la realidad en su dimensión más profunda.

Así es que el sujeto tiene principalmente una actitud de escucha atenta al Otro, que se revela y se oculta, y señala nuestro obrar pidiendo una respuesta responsable.

“Ante el Otro, la actitud del mismo no puede ser el intento de develar algo oculto, sino la de escuchar una revelación.”⁶

⁴ Levinas, E., *Totalidad e infinito*, Op. Cit., p. 109.

⁵ Levinas, E., *El tiempo y el Otro*, Editorial Paidós, Barcelona, 1993, p. 116.

El Otro, que se revela, y en el encuentro cara-a-cara penetra nuestro interior, despierta en nosotros una actitud de servicio hacia él. Esta relación se produce de tal manera que el sujeto al ser vulnerable asume las necesidades del Otro y obra consecuentemente a ellas.

Este ponerse en el lugar del Otro lo denomina sustitución.

“La obligación de asumir las necesidades del Otro, de cargar con sus culpas, no es asumida por el sujeto, sino que le constituye como tal.”⁷

Al referirse al término sustitución, Levinas quiere significar con él el conjunto de obras y la actitud por las cuales nos salimos de nosotros mismos intentando ver las cosas del modo en que el Otro las ve, a fin de estar atento a las necesidades de éste y poder servirlo.

La sustitución no implica “convertirse en Otro”, sino mas bien mirar la realidad desde el Otro para alcanzar una mayor comprensión del mundo de quien nos cuestiona y pide nuestra ayuda.

Es así que la capacidad de infinito del hombre que es en soledad le permite abrirse al Otro. Esta apertura en sí misma implica vulnerabilidad. El Otro “se aparece” inesperadamente y sacude la realidad prolijamente estructurada. El Otro cuestiona al sujeto, nos pregunta sobre nuestro obrar y nos obliga a dar una respuesta. El Otro se da y se repliega pero se resiste a ser consumido, reducido al sujeto. Y en eso consiste la grandeza del encuentro.

⁶ Aguilar López, J. M., Trascendencia y alteridad, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1992, p. 249.

5. Responsabilidad y subjetividad.

El Otro que sale al encuentro del sujeto, nos confronta, cuestiona nuestra libertad y nos llama a dar una respuesta responsable. Es esta responsabilidad por el Otro, según Levinas, la razón del existir. Se trata, en este caso, de una responsabilidad que no espera reciprocidad. El sujeto se abre a la voz del Otro sin volverse hacia sí. Esta mirada y obligación dirigida al Otro nunca es satisfecha, en el sentido de que siempre se puede hacer más por el Otro. Se trata aquí de “ser para el Otro”, servir al Otro, escuchar su voz que llama y dar una respuesta.

Es en este encuentro con el Otro que se hace presente la subjetividad. Esto es, aquello que distingue realmente al Otro del sujeto, lo que hace que tanto sujeto y “Otro” conserven sus características particulares.

La alteridad de la otra persona y la subjetividad de la misma se hacen manifiestas en la responsabilidad que surge en el encuentro. Es en éste que el Otro se muestra tal cual es, sin que el sujeto realice una interpretación de aquel.

A partir de la situación del cara-a-cara es que nace la responsabilidad. El Otro, que sacude la vida del sujeto que se abre a su encuentro, penetra en éste a fin de permitirle ver la realidad más profundamente. Y es en este momento cuando se manifiesta la condición vulnerable del hombre. El Otro nos invita a salirnos de nosotros mismos para contemplarlo y servirlo.

“Nadie puede quedarse en sí mismo: la humanidad del hombre, la subjetividad, es una responsabilidad por los otros, una vulnerabilidad extrema”.⁸

⁷ Aguilar López, J. M., *idem*, p. 210.

⁸ Lévinas, E., Humanismo del otro hombre, *Op.cit.*, p.130.

El Otro, en su subjetividad, penetra el corazón del hombre mostrando la condición vulnerable del mismo. Y a partir de aquí el sujeto da una respuesta responsable.

“Escuchar su miseria que pide justicia no consiste en representar una imagen, sino ponerse como responsable, a la vez como más y como menos que el ser que se presenta en el rostro”.⁹

Así es que de la marcada subjetividad que se muestra en el encuentro, surge la respuesta responsable que el sujeto da a las necesidades del Otro.

Escuchemos la voz del Otro que clama y respondamos con prontitud, cariño y eficiencia a su llamado.

⁹Lévinas, E., Totalidad e infinito, Op.Cit., p.228.

B) EL ENCUENTRO

1. La sensibilidad como posibilidad de encuentro

El camino hasta aquí recorrido muestra cómo se produce el encuentro entre un sujeto y “el Otro”. El sujeto “recibe” la visita inesperada de Otro que sale al encuentro y se presenta cara-a-cara. Esta manifestación abrupta del Otro desestabiliza al sujeto que hasta el momento se desenvolvía con total soltura en el mundo por él conocido. Este “desajuste” que experimenta el sujeto se muestra en la posibilidad explícita que vive, de poder ser herido en el contacto directo con el otro corazón.

La conmoción que produce el encuentro se da a nivel sensible. Esto es, se trata de una relación que se establece a partir del contacto directamente sensible entre el sujeto y el Otro. Este encuentro que se vive en el espacio de la sensibilidad se caracteriza por el goce. El goce puede darse en la epifanía del rostro.

“La sensibilidad que describimos a partir del gozo del elemento, no pertenece al orden del pensamiento, sino al del sentimiento, es decir, al de la afectividad en la que se agita el egoísmo del yo. No se conocen, se viven las cualidades sensibles: el verde de estas hojas, el rojo de este poniente”.¹⁰

La sensibilidad permite un contacto inmediato y directo con el Otro. Ésta constituye al sujeto como tal; es lo propio de la subjetividad.

2. Sensibilidad y vulnerabilidad.

El encuentro es posible en el contacto directo que se produce a nivel sensible. Es en la sensibilidad “donde” se establece la relación sujeto-Otro y es “aquí” también donde aparece manifiestamente la condición vulnerable del hombre.

¹⁰ Levinas, E., Totalidad e infinito, Op.Cit., p. 154.

La posibilidad de ser herido, lastimado, que experimenta el hombre en su encuentro con el Otro es lo que se denomina vulnerabilidad.

“Es la aptitud _ que todo ser en su “orgullo natural” tendría vergüenza de confesar_ a “ser abatido”, a “recibir bofetadas””.¹¹

Y esta condición atraviesa todo el hombre. Esto es, si bien pareciera centrarse la vulnerabilidad en lo que concierne a la sensibilidad, es cierto que, al recibirse la herida, ésta invade de tal forma a la persona que la “abate” en una profundidad indescriptible; no sólo lastimando la sensibilidad de la persona como un “aspecto” de la misma, sino que la vida entera de quien lo vivencia “toma el color” del dolor sentido. Es así que el hombre entero es vulnerable y no una “parte” de él.

Esta característica primordial que lo distingue especialmente de los otros entes lleva en sí implicancias que se desprenden de ser alguien vulnerable. Primeramente vemos que se despierta en nosotros una actitud de atención. Atención a las necesidades que éste nos hace saber de una manera u otra y a partir de aquí cuidado, tolerancia y sufrimiento por el Otro. El Otro nos conmueve de forma tal que somos capaces de sufrir por él.

“Sufrir por el otro, es tenerlo al cuidado, soportarlo, estar en su lugar, consumirse por él. Todo amor o todo odio del prójimo como actitud, refleja, supone esta vulnerabilidad previa: misericordia “conmoción de las entrañas”. Desde la sensibilidad, el sujeto es para el otro: sustitución, responsabilidad, expiación”.¹²

Esta “conmoción de las entrañas” es experimentada de formas muy diversas, pero se trata en general, de una profunda movilización interior, que sacude fuertemente a la persona.

¹¹ Levinas, E., Humanismo del otro hombre, Op. Cit., p.123

¹² Levinas, E., *idem*, pp. 124-125.

Existen algunas cualidades de la persona que la hacen “más o menos” vulnerable. Pero en sentido estricto, si la persona es fiel a sí misma, inmediatamente percibirá su condición de poder ser herido. Cabe señalar aquí que aquella persona que es “transparente” posiblemente esté más expuesta a ser conmovida. Aquella que viva su vida con franqueza y sinceridad se enfrentará más frecuentemente a las implicancias que la condición vulnerable del hombre lleva en sí.

Podría aquí preguntarse si realmente es mejor “ser transparente y sincero” o si indefectiblemente este camino conduce a problemas y seguidamente a la infelicidad.

“La franqueza expone _ hasta la herida”.¹³

En primer término, es preciso señalar que tanto “la transparencia como la sinceridad” se encuadran perfectamente en lo que constituyen las virtudes y como tales acercan al hombre a la felicidad; aún cuando éste deba afrontar ciertos obstáculos que se presentan a mitad de camino y así, aunque rumbo a ser feliz parezcan desprenderse de la transparencia y sinceridad daños en el corazón del hombre; en cuanto virtudes, hacen a la perfección del mismo.

Esto es, es mejor un hombre transparente y sincero, que por ser así deba resistir a las heridas provenientes de su mayor exposición y apertura, que quien no siendo fiel a su condición de hombre rehuyera de todo posible encuentro auténtico con el fin de no ser lastimado. Quien así lo hiciera estaría a salvo de la posibilidad de ser herido, pero no siendo fiel a sí mismo, perdería también la posibilidad de ser feliz.

3. Acariciando el Misterio

Este encuentro que se produce entre sujeto-Otro que se da sensiblemente, posee varias características. Como he señalado, el Otro invade la vida del sujeto y lo conmueve llamándolo a dar una respuesta responsable. El Otro se da y se retrae resistiéndose a ser consumido por el sujeto, mostrándose como Otro distinto de aquel.

El Otro es Misterio. Misterio que nos encandila fuertemente con su luz y no nos deja ver. Intentamos acceder a él, tocarlo y hasta algunas veces dominarlo. No se puede apresar al Otro. Se oculta, se repliega, pero no totalmente; también es capaz de mostrarse en el encuentro.

Y en este momento donde la sensibilidad tiene un carácter preponderante aparece la caricia.

La caricia es esa mano que se estira para alcanzar al Otro, no por el afán de poseerlo sino para tocar su corazón. La caricia busca al Otro, quiere vivir con él, acompañarlo y hasta sufrir por él. La caricia quiere gozar con el Otro. La espera es la característica primordial de la caricia que busca al Otro en sus diferencias y está abierta al desorden que el encuentro lleva en sí.

“La caricia es un modo de ser del sujeto en el que el sujeto, por el contacto con Otro, va más allá de ese contacto. El contacto en cuanto sensación forma parte del mundo de la luz. Pero lo acariciado, propiamente hablando, no se toca. No es la suavidad o el calor de la mano que se da en el contacto lo que busca la caricia. Esta búsqueda de la caricia constituye su esencia debido a que la caricia no sabe lo que busca. Este <no saber>, este desorden fundamental, le es esencial.”¹⁴

Las “dificultades” respecto de la caricia no se presentan solamente al momento de “dar una caricia”, sino muchas veces resulta difícil ser capaz de “recibir una caricia”.

¹³ Lévinas, E., Humanismo del otro hombre, Op. Cit., p.125.

¹⁴ Lévinas, E., El tiempo y el otro, Op. Cit., pp.132-133.

Recibir una caricia implica abrir el corazón al Misterio del Otro, mostrarse vulnerable, sincero y transparente frente a quien nos quiere acariciar. Dejarse tocar el corazón, permitirse ser conmovido, sacudido, movido del orden establecido.

Una vez recibida la caricia la persona no es la misma; se ha producido el encuentro y éste ha modificado la vida de la persona y su mirada hacia lo que lo rodea.

Es fundamental que no nos ocultemos y recibamos a quien estira su mano para acariciar nuestro corazón.

4. El rostro como expresión

Levinas muestra que el rostro es la aparición desnuda del Otro ahí. El rostro rompe la posibilidad de inmanencia, rompe la totalidad y abre a la trascendencia.

Es la cara del Otro la que señala la inmediatez del contacto entre el sujeto y el Otro. Esta inmediatez se denomina proximidad.

Proximidad significa responsabilidad, capacidad de responder.

Este Otro se hace presente en la situación del cara-a-cara. El rostro del Otro se resiste al poder ser reducido al sujeto, a la posesión que surge de no escuchar la voz del Otro.

Al manifestarse el Otro cara-a-cara y mostrarse como realmente distinto a nosotros en toda su alteridad, aparece la dificultad que poseemos los hombres de mirar a los ojos, de mirar el rostro del Otro, de experimentar la situación del cara-a-cara.

Mirar es recibir al Otro, en cuanto Otro, con toda su profundidad y saber que somos vulnerables. En la situación del cara-a-cara podemos ser heridos.

El rostro, como manifestación del Otro, se muestra y se oculta. Se resiste a ser apresado. Este rostro posee una característica principal que es su desnudez; está

siempre expuesto y es entonces vulnerable. Y en su desnudez nos muestra su fragilidad y nos llama a socorrerlo responsablemente.

El rostro nos cuestiona, nos despierta para que seamos capaces de salir de nosotros mismos.

“Despojado de su forma, el rostro está aterido en su desnudez. Es miseria. La desnudez del rostro es indigencia y ya súplica en la lealtad que me señala. Pero esta súplica es exigencia. La humanidad se une a la grandeza. Y, así, se anuncia la dimensión ética de la visitación.”¹⁵

Es la indigencia del rostro del Otro quien nos suplica que acudamos a su llamado, que lo ayudemos, que respondamos a sus necesidades.

El rostro es aquella parte del cuerpo que más propiamente nos muestra cómo es la persona. Es aquello que especialmente distingue a uno de Otro. Es la imagen que nos representamos al querer hacer presente a una persona.

Y dentro de las partes que constituyen el rostro, existen algunas que “dicen más” acerca de una persona. En los ojos podemos reconocer a alguien más perfectamente que en “las orejas”. Los ojos expresan especialmente el sentir de la persona. En los ojos podemos ver a Otro. Se ha dicho que son éstos las ventanas del alma.

“Los ojos atraviesan la máscara, el indisimulable lenguaje de los ojos. El ojo no brilla, habla.”¹⁶

Así es que el Otro se nos manifiesta en el rostro. El rostro nos lleva directamente a la alteridad de quien se nos presenta. Es él quien nos habla, nos expresa quién es, cómo es, qué lo hace feliz, por qué sufre.

El Otro, en su rostro, se nos da, se abre y muestra en su desnudez su debilidad.

¹⁵ Levinas, E., Humanismo del otro hombre, Op. Cit., p. 60.

Es necesario que reaccionemos frente a la mirada del Otro y obremos conforme a sus necesidades acudiendo al llamado que se nos hace.

5. Amor: misterioso encuentro

El Otro, irrupción en la vida ordenada del sujeto. El encuentro de un sujeto con alguien distinto a él que se le presenta y le pregunta, lo invita a salirse de sí, a dar una respuesta.

El Otro se muestra como es; el sujeto se abre a recibirlo. Se manifiesta la grandeza y miseria de ambos en el encuentro cara-a-cara. El sujeto estira su mano para alcanzar el corazón del Otro, quien se oculta y se muestra. El sujeto se abre al Misterio, lo busca, intenta alcanzarlo, pero el Otro se repliega en su Misterio. Y así es el amor: encuentro de sujeto-Otro que unidos, conservan la alteridad tratando de correr el velo del Misterio que los envuelve.

“Lo patético del amor consiste en la dualidad insuperable de los seres. Es una relación con aquello que se nos oculta para siempre. La relación no neutraliza *ipso facto* la alteridad, sino que la conserva. Lo patético de la voluptuosidad reside en el hecho de ser dos. El otro en cuanto otro no es aquí un objeto que se torna nuestro o que se convierte en nosotros: al contrario, se retira en su misterio.”¹⁷

Levinas muestra especialmente “dos dimensiones” del amor. Por un lado, señala que el amor es sin razón, surge “involuntariamente”; esto es, no se busca, se hace presente sin ser llamado, nos invade e inunda totalmente.

“El amor no es una posibilidad, no se debe a nuestra iniciativa, es sin razón, nos invade y nos hiere y, sin embargo, el yo sobrevive a él.”¹⁸

¹⁶ Levinas, E., Totalidad e infinito, Op. Cit., p. 90.

¹⁷ Levinas, E., El tiempo y el otro, Op. Cit., p. 129.

¹⁸ Levinas, E., *idem*, p. 132.

Por otro lado explica el autor que el amor no es un sentimiento efusivo sino la decisión inteligente de querer dar una respuesta; de servir al Otro, de buscar su bien, de sufrir por él. No se trata de un “amor fácil”. El Otro nos incumbe, nos pregunta, nos llama, nos empuja a salirnos de nosotros mismos y responder a sus necesidades. Y es este amor sin razón que para ser tal y dar frutos requiere del ejercicio de nuestra voluntad para sostener a quien se nos presenta cara-a-cara.

“El amor apunta al otro, lo señala en su debilidad. La debilidad no indica aquí el grado inferior de un atributo cualquiera, la deficiencia relativa de una determinación común a mí y al Otro. Anterior a la manifestación de los atributos, califica la alteridad misma. Amar es temer por Otro, socorrer su debilidad.”¹⁹

En el amor la situación del cara-a-cara expone al Otro a la posibilidad de mostrarse como capaz de recibir una herida. Es en el amor que se manifiesta especialmente la condición vulnerable del hombre. Vemos la debilidad del Otro. Acudimos a socorrerlo. Curamos su herida. Acariciamos el corazón lastimado. Y por la misma vulnerabilidad que somos débiles alcanzamos la felicidad. Esta condición del hombre nos lleva al gozo. Sufrimos, tememos por el sufrimiento del Otro, pero gozamos, somos felices. La vulnerabilidad nos permite ver la realidad profundamente pero con una mirada clara y simple; sin embargo, para esto debemos ejercitarnos y estar dispuestos a aceptar el desafío que es abrir el corazón para poder ser felices.

6. Fragilidad y fortaleza

El Otro que se presenta en nuestra vida provocando una conmoción nos permite experimentar la fragilidad del ser humano.

¹⁹ Levinas, E., Totalidad e infinito, Op. Cit., p. 266.

Si bien es cierto que el Otro no es esencialmente mi enemigo de quien recibo la herida; la herida abre fundamentalmente a la posibilidad del encuentro.

Es en la herida donde se llega a la profundidad de las cosas. Es ella quien nos permite ver la realidad como es.

El hombre *no* es lobo para el hombre. Pero es cuando se da un contacto auténtico con el Otro cuando se puede apreciar la realidad en todas sus dimensiones.

Levinas quiere transmitirnos la grandeza del encuentro, pero nos muestra que éste se produce a través de la vulnerabilidad. Ser vulnerable implica poder recibir una herida frente a la cual lo único posible es resistir.

No se trata aquí de que hay que resistir el encuentro con el Otro. El encuentro nos abre un espectro de colores de la realidad que antes de éste no eran manifiestos. Pero es la herida, la que abre al encuentro. Se resiste la herida, pero no el encuentro con el Otro. En la maravilla del encuentro con el Otro se supera la herida.

La herida recibida es mucho menor que la grandeza del encuentro.

Toleramos la herida a fin de obtener un bien mucho mayor: la felicidad que proviene del encuentro.

C) POSIBILIDAD DE CAER

1. Por la herida a la fortaleza

La condición vulnerable del hombre nos expone a poder recibir una herida, pero es gracias a esta condición que podemos ser fuertes.

La vulnerabilidad abre a la fortaleza. Porque podemos ser heridos, podemos también ser fuertes.

Pieper nos explica que se puede ver con mayor claridad a la vulnerabilidad como “algo” positivo. No sólo como una condición por la que nos toca el corazón el dolor, sino como una gran posibilidad de continuar adhiriendo al bien a pesar de todo. Se hace presente la virtud de la fortaleza como la contracara de la vulnerabilidad.

Como al tratar el tema de la vulnerabilidad destaco la noción de herida quiero referirme con ella a todo aquello que nos hace sufrir produciéndose en contra de nuestra voluntad.

“Por herida se entiende aquí toda agresión, contraria a la voluntad, que puede sufrir la integridad natural, toda lesión del ser que descansa en sí mismo, todo aquello que, aconteciendo en y con nosotros, sucede en contra de nuestra voluntad. En suma: todo cuanto es de alguna manera negativo, cuanto acarrea daño y dolor, cuanto inquieta y oprime.”²⁰

Pieper señala que la herida se relaciona con la muerte. Las heridas son “una forma de muerte”, un reflejo de la misma. Estar dispuesto a ser herido implica estar dispuesto a caer, a morir en el combate. Pero esta disposición a sufrir no se realiza sin razón, sino para obtener “algo mejor”.

Ser fuerte significa realizar el bien aún frente a lo espantoso. “Hacer frente” a lo terrible puede producirse de dos formas: resistiendo y atacando. Sin embargo, de

estas dos formas, la principal es la resistencia; puesto que frente a lo más doloroso, lo único posible es resistir. Resistir consiste en seguir adhiriendo al bien aún en la herida.

Un aspecto importante de la fortaleza es la paciencia. La paciencia no consiste en “aguantar todo cueste lo que cueste” sino que es paciente quien frente al mal no se deja arrastrar a un “desordenado estado de tristeza”.

“Ser paciente significa no dejarse arrebatar la serenidad ni la clarividencia del alma por las heridas que se reciben mientras se hace el bien.”²¹

Paciente es quien no es quebrantado por la tristeza, quien no deja invadirse por ella y resiste, adhiriéndose fuertemente al bien.

Podemos ser heridos; pero podemos resistir y atacar aquello que nos lastima siendo pacientes y permaneciendo fieles al bien.

“El sistema de poder de <este mundo> está de tal manera estructurado que no es en el encolerizado ataque, sino en la resistencia, donde se esconde la última y decisiva prueba de la verdadera fortaleza, cuya esencia puede encerrarse en esta fórmula: amar y realizar el bien, aún en el momento en que amenaza el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las conveniencias.”²²

Es importante que seamos fuertes y realicemos el bien, resistiendo a las dificultades con un corazón manso y paciente.

2. Resistir en el dolor

Como señala Pieper, la vulnerabilidad del hombre es aquello por lo cual puede éste ser fuerte. Porque puede ser herido en el combate, puede también ser fuerte.

²⁰ Pieper, J., Las virtudes fundamentales, Editorial Rialp, Colombia, 1988, p. 184.

²¹ Pieper, J., Las virtudes fundamentales, Op. Cit., p. 201.

²² Pieper, J., *idem*, p. 203.

Santo Tomás explica que en términos generales, la fortaleza implica **firmeza de ánimo**. Siendo esta una virtud también se presenta como condición necesaria de toda otra virtud. Para que se de virtud es preciso obrar firme y constantemente.

La fortaleza significa especial firmeza para resistir y rechazar todos los peligros en los cuales es sumamente difícil mantenerse firme. Se ocupa del temor de las cosas difíciles, que pueden impedir que la voluntad obedezca a la razón.

El doble acto de la fortaleza consiste en: resistir y atacar, siendo la resistencia lo más propio de la misma. Puesto que, en casos de extrema gravedad lo único posible es resistir. Por tres razones, resistir es más difícil que atacar:

- Porque el resistir parece decir relación a otro más fuerte que acomete, mientras que el que ataca acomete como más fuerte, siendo más difícil luchar contra uno más fuerte que contra uno más débil.
- Porque el que resiste tiene ya sobre sí el peligro amenazándole, mientras que el que ataca lo ve como futuro, siendo más difícil no conmoverse ante el mal presente que ante el futuro.
- Porque el resistir implica mucho tiempo mientras que el ataque puede ser repentino, y es más difícil permanecer firme mucho tiempo que dejarse llevar por un impulso repentino para realizar una empresa ardua.

La fortaleza se manifiesta sobre todo en los casos repentinos. Pues es más fácil soportar los males cuando los hemos previsto.

Algunas veces la fortaleza emplea en su acto la ira. Cuando se ha de atacar lo malo, se vale de la ira ya que es propio de ésta resolverse sobre aquello que nos causa tristeza, con lo cual coopera directamente al acto de acometer.

Entre los vicios que se oponen a la virtud de la fortaleza Santo Tomás señala la timidez. El tímido a diferencia del fuerte, por exceso de temor huye de lo dificultoso.

Éste teme lo que no debe o más de los que debe temer. Así también el impávido se impone al fuerte por falta de temor, puesto que no teme lo que debía.

Para que se de el acto de atacar de la fortaleza es precisa la preparación del ánimo para el ataque a través de la **confianza**. Así también, para la ejecución de la obra, es importante no desistir en la realización de cosas comenzadas con confianza. Es la **magnificencia** quien se ocupa de que no falten los medios para alcanzar los grandes proyectos.

En cuanto al acto de resistir es fundamental no dejarse abatir por la tristeza ante lo difícil de los males que amenazan. Esto trata **la paciencia**, que es la tolerancia voluntaria y continuada de cosas arduas o difíciles por honradez o utilidad. Es también necesaria **la perseverancia** para que el hombre no se canse, por la duración de la pasión, tanto que llegue a ceder. La perseverancia es la permanencia estable y perpetua en lo que se ha decidido después de madura reflexión.

La paciencia soporta todo lo que sea difícil o peligroso. Es por eso que es una virtud adjunta a la fortaleza. La perseverancia apunta a la continuidad de la obra hasta finalizarla.

*** La magnanimidad**

El Santo nos muestra que la magnanimidad implica cierta tendencia del ánimo a las “cosas grandes” y se refiere a la esperanza de algo difícil. La confianza implica cierta firmeza en la esperanza. Es parte de la magnanimidad.

La seguridad lleva consigo un perfecto descanso del ánimo respecto del miedo, como la confianza implica un fortalecimiento de la esperanza. La seguridad no se identifica con la fortaleza, sino que es condición de la misma.

Por exceso de magnanimidad se da la **presunción**, que significa que alguien presume hacer lo que trasciende la capacidad de su poder.

La **ambición** surge cuando se apetece un honor desproporcionado o cuando se desea el honor para sí mismo sin ordenarlo a Dios, o cuando el apetito descansa en el honor sin hacer que sirva de utilidad a los demás. El deseo desordenado de dignidad es ambición.

La **vanagloria** consiste en deleitarse vanamente en la alabanza que los hombres le tributan. Ésta hace al hombre presuntuoso y excesivamente confiado en sí mismo y le dispone a ser privado de los bienes interiores. Las hijas de la vanagloria son: la desobediencia, la jactancia, la hipocresía, la disputa, la pertinacia, la discordia y el afán de novedades. El fin de la vanagloria es la manifestación de la propia excelencia. Cuando tiende a él, por medio de las palabras, se da la **jactancia**; por medio de los hechos se da lugar al **afán de novedades**; si son fingidos, a la **hipocresía**. Dando a entender que en nada es inferior a otro, en cuanto al entendimiento, la **pertinacia**, que hace al hombre apoyarse en su parecer, sin dar crédito a otro mejor. En cuanto a la voluntad, surge la **discordia** por la cual no se quiere abandonar la propia voluntad para conformarse a la de los demás. En las palabras, la **contienda**, cuando se disputa con otro a gritos, o en los hechos, la **desobediencia**, que hace que el hombre no quiera cumplir los preceptos del superior.

Por la **pusilanimidad** se renuncia a cosas grandes, por pequeñez de ánimo. Puede ocurrir, por la ignorancia de lo que se es realmente, o por el temor de fallar en cosas que falsamente se consideran superiores a las propias fuerzas.

***La paciencia**

Santo Tomás explica que la **paciencia** es la virtud que conserva el bien de la razón contra la tristeza. Es la que nos hace soportar los males con buen ánimo, sin decaer, no sea que, soportándolos con impaciencia, perdamos los bienes que nos llevan a otros mayores.

El acto de paciencia no consiste en sufrir los males, sino en gozar de los bienes que deseábamos alcanzar por medio de ella.

La paciencia realiza una obra perfecta cuando se ocupa de soportar las adversidades. Éstas dan origen, primeramente, a la tristeza, que está moderada por la paciencia; en segundo lugar, a la ira, moderada por la mansedumbre, en tercer lugar, al odio, que es suprimido por la caridad, y, finalmente, a un daño injusto, condenado por la justicia.

Por la paciencia el hombre posee su alma. Ésta es raíz y guardiana de todas las virtudes, porque quita los obstáculos.

Ella se ocupa preferentemente de las tristezas, ya que es paciente no el que huye, sino el que soporta de una manera digna de alabanza los daños presentes, sin sucumbir a la tristeza.

La **perseverancia** se relaciona con la fortaleza en cuanto consiste en soportar la dificultad que implica la duración de la obra virtuosa. También por la constancia el hombre se mantiene firme en el bien. Pero la constancia y la perseverancia difieren en el objeto. La perseverancia hace que el hombre permanezca firme en el bien venciendo la dificultad que implica la duración del acto; la constancia, venciendo la dificultad originada por todos los obstáculos externos.

A la perseverancia se opone la flojedad por la que se cede ante la más pequeña presión. Es flojo el que se aparta del bien por la tristeza que causa la privación de los placeres, pues esto es ceder ante un impulso débil.

Es en la vulnerabilidad donde se hace posible la fortaleza. Alimentando nuestras actitudes y gestos virtuosos a partir de ser heridos, podremos crecer en la virtud de la fortaleza.²³

3. Fortaleza y encuentro

Levinas nos enseña a salir de nosotros mismos y dejarnos penetrar por el Otro. Nos llama a ser transparentes y sinceros frente a quien se nos presenta. Pide de nosotros un acto de valentía: ofrecernos al Otro sabiendo que podemos ser heridos. Enfrentamos la herida para gozar de un bien mayor que es el encuentro. Por la fortaleza resistimos y atacamos la herida, pero para alcanzar algo mejor. El encuentro con el Otro supera la herida. Esta herida es “menor” que el bien que se puede alcanzar con el Otro.

La paciencia acompaña a la fortaleza impidiendo que caigamos en un desordenado estado de tristeza y podamos gozar de la alegría que proviene del encuentro.

Es necesario que tengamos un ánimo firme para alcanzar la felicidad del encuentro con el Otro y un corazón tolerante a las heridas para poder ver a éstas en un marco más amplio donde el gozo experimentado opaca el dolor recibido.

²³ Cfr. Tomás de Aquino, Suma Teológica, Ed. B.A.C., Madrid, 1955, T. IX, II-II, q. 123 a 140.

CONCLUSIÓN

La vulnerabilidad del hombre se hace manifiesta en nuestro obrar cotidiano. En él se desenvuelven nuestras relaciones. En él se produce el encuentro con el Otro. Cada día experimentamos la posibilidad de herir, de morir en el combate por alcanzar la felicidad. Luchamos con el fin de ser felices. Toleramos la herida con tal de conseguir la tan ansiada felicidad. La llaga es profunda, quiebra nuestro interior, desacomoda nuestra vida. Pero nos da la posibilidad de tener una mirada distinta frente a la realidad. Vemos más hondo, más claro y con mayor nitidez todas las cosas.

El tratamiento de esta cuestión se realizó en el marco de una filosofía del hombre que lo considera unión de cuerpo y alma y como ente finito. Es la dimensión espiritual del hombre aquello que le permite abrirse al encuentro con el otro. Por su alma espiritual se da la trascendencia del hombre y por esta última el encuentro que lleva a la vulnerabilidad y a la fortaleza. Siendo el hombre finito puede éste recibir heridas y también causarlas.

Se ha analizado el tema en el pensamiento de E. Levinas, quien habiendo vivenciado la posibilidad de ser herido en su historia personal (tomando especialmente en cuenta su condición de judío y su experiencia de la guerra) ha abordado la problemática con gran profundidad y delicadeza.

El autor destacó el concepto de Otro. Nuestra vida ha de girar no en torno a nosotros mismos, sino alrededor del Otro. Es aquel quien va a dar el último significado a la realidad. Es el Otro quien nos va a permitir comprender lo que nos rodea en una dimensión más profunda. Y es el Otro quien cuestionará nuestro obrar, nos preguntará acerca de nuestra responsabilidad y servicio hacia los demás.

Esta “real significación” de la realidad que se da a partir del encuentro con el Otro, se produce gracias a la dimensión trascendente del sujeto. Es la apertura condición fundamental para que acontezca el encuentro y surja la posibilidad de ser heridos que nos llevará a la fortaleza y la felicidad.

El encuentro en sí mismo, es algo inesperado; el Otro irrumpe en la vida del sujeto, sacudiendo el orden establecido. En este encuentro se produce la conmoción. No es voluntario, no se busca, aparece. Pero cuando el Otro ha tocado el corazón no se produce una confusión entre sujeto-Otro, sino que se conserva la alteridad en la unidad. Ambos “elementos” en la relación se resisten a ser consumidos, pero caminan juntos en sus diferencias.

El Otro habiendo irrumpido en la vida del sujeto lo interroga y lo llama a dar una respuesta responsable a las necesidades de los demás. Invita a una reflexión acerca de qué respuesta le damos a los otros cada día de nuestra vida.

Esta aparición del Otro en la rígida estructura del sujeto produce un encuentro que se da a nivel sensible. Es en la sensibilidad “donde” inhiere el Otro. El contacto sujeto-Otro se da en el plano sensible. El Otro toca el corazón del sujeto desarmando entonces, lo hasta allí ordenadamente construido.

Pero esta presentación del Otro no implica una manifestación explícita de la totalidad de quien aparece; sino que el Otro se da y se repliega, se muestra y se oculta, dando a conocer que la relación y el Otro tocan el Misterio.

El Otro es Misterio que nos ilumina, pero algunas veces tanta luz nos encandila y no podemos ver.

En la caricia se manifiesta sensiblemente el encuentro. La mano quiere alcanzar al Otro, pero éste no se deja apresar. La mano se estira a buscar el corazón del Otro. Pero no siempre es fácil recibir una caricia.

La caricia toca la fragilidad, intenta calmar el dolor, calentar el corazón.

El rostro también es signo de la profundidad del hombre. En el encuentro cara-a-cara se da la posibilidad de ser herido. El rostro nos muestra quién es el Otro. En él se manifiestan las preguntas que se nos hacen respecto de nuestro obrar. La desnudez del rostro nos señala la miseria y la flaqueza del hombre pero también nos muestra su fortaleza. Un rostro que puede recibir heridas, pero aún mantenerse firme en su lucha por la felicidad.

Como máxima expresión de vulnerabilidad se presenta el amor. Amor que nos muestra especialmente el Misterio que envuelve el encuentro con el Otro. Estamos en permanente contacto con el Misterio. El amor es sin razón, nos invade, nos inunda, pero exige de nosotros que meditemos y obremos conforme a una decisión inteligente y responsable porque es ella quien sostendrá firmemente el amor “sin razón”.

La fragilidad nos abre a la posibilidad de ser fuertes. Porque podemos ser heridos, podemos ser fuertes. Una herida es aquello que se produce en contra de nuestra voluntad y que inquieta y oprime nuestro corazón. Las heridas son formas de la muerte. Es cuando nos sentimos atravesados por el dolor, que tenemos la posibilidad de ser fuertes. Esto es, seguir adhiriendo al bien aún en lo más doloroso. No dejarse caer. Resistir en el dolor.

La paciencia cobra aquí singular importancia. Por ella no nos dejamos arrastrar a un profundo estado de tristeza. Por la paciencia no nos dejamos abatir, no nos doblegamos ni perdemos la clarividencia y serenidad del alma. No caemos en los vicios opuestos a la fortaleza.

La fortaleza nos invita a resistir y atacar el dolor. Nos llama a ser perseverantes en la realización del bien.

Estamos llamados a moldear nuestro corazón a fin de que podamos ser pacientes y fuertes y alcancemos la felicidad en el encuentro con el Otro.

FUENTES

- Levinas, E., El tiempo y el otro, Ed. Paidós, Barcelona, 1993.
- Levinas, E., Humanismo del otro hombre, Ed. Siglo XXI, México, 1974.
- Levinas, E., Totalidad e infinito, Ed. Sígueme, Salamanca, 1995.
- Levinas, E., De otro modos que ser, o más allá de la esencia, Ed. Sígueme, Salamanca, 1987.
- Levinas, E., Dios, la muerte y el tiempo, Ed. Cátedra, Madrid, 1994.
- Levinas, E., Entre nosotros, Ed. Pre-textos, Valencia, 1993.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar López, J. M., Trascendencia y alteridad, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1992.
- Arendt, Hannah De la historia a la acción, Ed. Paidós, Barcelona, 1995.
- Barber, Michael, Emanuel Lévinas and the philosophy of liberation, Laval Theologique et Philosophique, 54,3 (octubre 1998): 473-481.
- Buber, M., Yo, Tu, Ediciones Nueva Visión, Bs. As., 1999
- Mosto, M., Todo ojo, todo rostro, en “Vida llena de sentido. Emilio Komar. Homenaje de sus discípulos”, Fundación Bank Boston, Bs. As., 1999.
- Pieper, J., Las virtudes fundamentales, Ediciones Rialp, Columbia, 1988.
- Radcliffe, El manantial de la esperanza.
- Raimundo de Miguel, Nuevo diccionario latino-español etimológico, Sáenz de Jubera Hnos. Editores, Madrid, 1903.
- Risco Fernández, G. Homo Patiens. La sensibilidad y las pasiones, Argentina, 1999.
- Tomás de Aquino, Suma Teológica, T. IX, Ed. B.A.C., Madrid, 1955.
- Weil, S., Raíces del existir, Editorial Sudamericana, Bs. As., 2000.

